

Delfina Careaga

El olvido

Esé día le pareció distinto sin encontrar el motivo. Nada en verdad lo distinguía de lo que había sido su existencia en los últimos años. Sin embargo...

—No puedo recordar qué demonios tenía que hacer...

La vieja rengueó hasta la estufa de petróleo. Amontonó los trastes, los sucios y los pocos limpios, y juntos los fue echando en la tina de hojalata que estaba en el suelo hasta dejar libres las hornillas carcomidas por el cochambre.

—Se ha hecho de noche, otra vez.

Desde hacía tiempo había adquirido concientemente la costumbre de hablar sola.

—Ya no pude comprar leche. Pero el café sigue siendo una buena bebida.

La jarra tembló peligrosamente en su mano cuando la puso sobre la estufa.

Hacía frío y mientras se calentaba el café se echó sobre los hombros su chal roto y deshilachado. A través de la pequeña ventana se veían los charcos de la calle.

—Por lo menos dejó de llover —volvió a decirse mientras se servía en una taza—; la lluvia enmohece el pensamiento.

Jaló la silla y se sentó con el pocillo en la mano.

El cuarto apestaba a mugre y a basura acumulada, pero ella ya no percibía los olores. Nunca había sentido ni el miedo ni la inquietud necesarios para cuestionar los acontecimientos; así es que miraba al mundo y a su entorno sin preocupación alguna: la cama desvencijada, el ropero sin puerta, aquella cómoda con la pata quebrada...

—Todo el día he tenido la sensación de haberme olvidado de algo. Pero

¿qué? Ya no hay nada por hacer. Curiosamente es inútil cualquier acto: el sacar la espada o cruzarse de brazos da el mismo resultado, siempre ajeno a nosotros...

Terminó el café y con torpeza pudo levantarse. Por un momento dudó en lavar el pocillo sucio; después, con un gesto brusco, lo dejó sobre el montón de los otros.

—Es molesto; es como tener comezón y no encontrar el lugar del cuerpo donde pica. A ver: hace una semana pagué la maldita renta; compré algo de comida y ahora no me han quedado más que unos centavos. Así que no he olvidado ningún pago.

Con pasos cortos, tambaleantes, llegó hasta la cama. Se quitó el chal que aventó sobre la colcha —o lo que quedaba de ella— y sacó debajo de la almohada un suéter raído.

—Se hizo de noche una vez más —murmuró mientras se ponía el suéter sobre el chaleco que acostumbraba usar encima de su único vestido de lana café. —Noche-día, noche-día. ¡Por Dios! ¡Qué aburrimiento! Aunque cada amanecer llevara en sí la promesa de un tiempo inédito —lo que es imposible—, al final, uno siempre terminaría por vivir lo mismo. Es una verdadera monserga.

Al desdoblar la colcha apareció una manta desgarrada y el colchón lleno de manchas. Como si se entregara a un rito peligroso, se fue resbalando poco a poco en la cama, y por algunos segundos quedó acostada boca arriba; luego, tomada ya la fuerza necesaria, se incorporó dolorosamente y con las dos manos prendidas a la manta y a la colcha, las fue subiendo hasta su cuello.

—Alguien dijo que la vida es un sistema de adioses. Ah, cómo suelen gustarles estas obviedades a la gente.

Junto a ella un cajón de madera sostenía la veladora prendida.

Los ojitos de la anciana, agobiados por la hinchazón permanente de los párpados, parecían espiar entre dos cerraduras. El hastío no dejaba el menor paso a la esperanza, no obstante...

—Hoy, hoy no sé qué me sucede. Siento que debo atender algo realmente importante... ¡Y no logro recordarlo!

Por la ventanita se escuchó el chipichipi de una llovizna tímida.

—Vaya, ahora vuelve a llover. Espero que el dinero me llegue mañana. Mañana será fin de mes de nueva cuenta. De nueva cuenta.

Torció la cabeza y de un soplo apagó la veladora. El suelo de la calle resplandeció húmedo en la oscuridad. Ella vio desde su cama un par de piernas masculinas que caminaban apresuradas.

—Debe ser tarde —y cerró los ojos aceptando de antemano la ausencia del sueño. Todavía recordaba cuando empezó a perderlo, más o menos al cumplir los sesenta y cinco, al jubilarse; haría ¿veinte años, veinticinco, o más? No, eso no podría ser. En fin, ¡quién iba a saberlo! Desde entonces,

por las noches, en lugar del descanso los recuerdos se alborotaban y uno tras otro la invadían sin consideración alguna.

Ella había terminado, displicente, por dejarlos bullir en su cerebro. Si bien conservaba entera la memoria, de los sentimientos y de las emociones —si es que alguna vez los tuvo— no le quedaban ni los restos.

Pero en esa ocasión algo había cambiado. Algo estaba ocurriendo en alguna zona desconocida de ella misma. Ya desde el comienzo del día lo había advertido. A esas horas, el dichoso olvido se había convertido en un verdadero malestar.

—Es esta endemoniada lluvia —y tentaleó buscando la caja de cerillos sobre el cajón de madera.

Al encender la veladora, el cuarto quedó iluminado otra vez por esa luz agónica y la calle desapareció por un instante de la ventana; únicamente la tenacidad de la llovizna permaneció, al parecer para testimoniar con el sonido que, afuera, aún existía el mundo.

—Los centavos de mi pensión llegarán mañana. —Pensó por pensar en algo y se quedó así, mirando las grandes manchas verde-amarillentas que la humedad dibujara en el techo.

De pronto sintió unas ganas terribles de hablar con alguien. Pero ¿quién?... Raro, porque ella jamás necesitó de nadie. Las gentes que vivían en la vecindad, arriba de aquel sótano, decidieron, al fin —ante los desplantes de la anciana— considerarla una vieja agria y petulante. Y las antiguas amistades, mejor dicho, los antiguos conocidos ya habían muerto.

—¿Qué tendré? ¿Estaré enferma? Pero ¿de qué? No me ha nacido un nuevo dolor en el cuerpo...

Empezó a sudar. Su cuerpo tembló bajo la manta.

—Parece que hoy todo ha cambiado; y siendo diferente, puede suceder cualquier imprevisto —musitó con un poco de curiosidad—. Si al menos tuviera a alguien con quien conversar...

Y ocurrió que inmediatamente después de pronunciar las últimas palabras, el conjuro tomó un derrotero sorprendente:

Con una sacudida febril, la vieja vio a su padre, que sin previo aviso trasponía etéreo la puerta del cuarto. Con seriedad arrastraba de una cuerda toda la espléndida biblioteca de su casa. Ella no se movió a causa del asombro: los estantes, los libros con sus empastaduras viejas ya desde entonces; algunos tratados de filosofía en ediciones francesas; los volúmenes de poesía inglesa y alemana; los modernistas y, en fin, todo el siglo XIX en su más elevada expresión le ofreció la imagen de su infancia plena de solemnidades y soledad. La biblioteca de su padre no le dio el “conocimiento”, sólo le heredó una forma de ser, una forma de sentir y de pensar. Le dio *cultura*, no información, justo lo indicado para la educación de una niña.

Repuesta de la sorpresa estaba a punto de decir cualquier cosa a aquel hombre seco y misterioso, cuando una pequeña luz de tonalidades azules,

que presidía otra visión, la hizo volver la vista al otro extremo del cuarto:

Intachablemente vestida de blanco, con el cuello y los puños de guipúur, con los pies invisibles bajo el olán de gasa bordada, con la cintura mínima y el pecho oprimido entre los encajes, con el peinado complejo y en alto y con sus facciones de porcelana, su madre caminaba hacia ella. En sus manos sostenía una tacita china la que con distinción se acercaba de vez en vez a los labios. Aquellos delgados labios que dejaban ver unos dientes blanquísimos a través de una sutil sonrisa, impulsaron a la vieja a recordar el perfume de su madre. El delicioso aroma se expandió en aquel apestoso recinto, y la llevó a mirar su propia adolescencia de cortinas de organdí y flores secas entre las poesías de los libros; de movimientos melancólicos y soledades rosas.

La madre parecía verla, pero su mirada continuaba imantada a un arcano destino. Aun ahora, después de tantos años, la hija no se atrevió a importunarla.

Los ojitos enrojecidos de la vieja parpadearon y en ese lapso apareció ante ella la recámara de encino y la gran cama —ya sin dosel— de su primer hogar de recién casada. Allí, en aquel sillón de tornasolados brocados, volvió a ver a su marido apuntarse la pistola a la boca abierta, en tanto las lágrimas le corrían hasta su espesa barba. Y la imagen la condujo a otras escenas desoladoras: sus haciendas tomadas por los rebeldes, la expropiación —así la nombraron— de todas sus posesiones; las calles de México resonantes de cascos de caballos; en fin, la Revolución que se hacía justicia.

La experiencia había resultado brutal en comparación con los años anteriores, en donde la armonía entre su marido y ella ocupó por completo su tiempo; armonía suave que substituyó bien al amor y que produjo la más serena de las soledades en compañía.

Un tecleo llamó su atención: la estufa de petróleo ya no era una estufa de petróleo, se había convertido en una máquina de escribir, una antigua Remington donde ella escribía en aquella pequeña academia comercial. Allí aprendió mecanografía en un curso intensivo para poder sobrevivir. Aparecieron los ojos negros de la profesora y sus cabellos cortos, el largo talle del vestido, los zapatos en punta y las gruesas medias blancas. Luego, de repente, la clase, se transformó en un humilde departamento de la Colonia de los Doctores y después en la oficina donde trabajó por treinta años.

Pocas fueron las ocasiones de disfrute. Algunas veces iba al cinematógrafo con alguna secretaria de la oficina, aunque por lo general acudía sola. Ronald Colman, Greta Garbo, Marlene Dietrich, Gloria Swanson la ayudaban a enfrentar por algún tiempo las acechanzas de la realidad. No obstante, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, ella había dejado de leer y no volvió a ir al cine. La guerra la encontró llena de amargura, con un especial resentimiento hacia el género humano.

Después, también el rencor se fue extraviando y sólo permaneció el amargor del fracaso revuelto con la lucha sin tregua para subsistir día a día. Finalmente triunfó lo inevitable y con ello la insensibilidad hasta terminar en la más sórdida de las miserias, como si toda su vida se hubiera empeñado en descender y descender esa escalera de jerarquías, con el único propósito de llegar a hundirse en aquel sótano miserable.

Para ese momento se dio cuenta que su cuarto se desbordaba de fantasmas: aquí y allá viejos compañeros; dos o tres pretendientes a quienes, indiferente, les dio la espalda; vecinos, jefes, algún pariente lejano...

La vieja los miró correspondiendo a sus miradas. En todas, en cada una de ellas no encontró más que aquella expectativa que tanto la estaba alterando.

—Vaya, todos lucen tan jóvenes... ¡Podrían ser hasta los hijos y los nietos que no tuve, incluyendo a ustedes, mis padres! —y se sonrió de soslayo.

Entonces, por vez primera, sintió algo que se asemejaba a una vaga necesidad de ternura.

—Me encuentro mal —susurró como una súplica.

Nadie se movió. La veían y sus miradas expresaban ya claramente la actitud de espera.

Ella se agitó nerviosa.

—Si vienen a conducirme a la muerte, acérquense y tómense, ¡me da lo mismo!

Los espectros continuaron silenciosos.

—No. Me temo que no sólo han venido a eso. ¿Qué es lo que esperan de mí?

De nuevo la idea de que algo se le escapaba la exasperó.

—No pueden exigírmelo. Soy muy vieja, ¿cómo podría acordarme de todo?

Quiso sentarse en la cama, pero no consiguió ni el primer intento y quedó exhausta por el esfuerzo.

—Repaso mi vida todas las noches, y pueden estar seguros que no dejo ninguna cuenta pendiente.

Nadie respondió. Aquella espera no hacía más que provocarle con más fuerza la maldita sensación. ¿Qué había olvidado quizá desde su nacimiento?

Se sintió muy fatigada.

—Si gustan pueden quedarse... ¡No hay nada más estúpido que esperar!

Cerró los ojos. Se vio a sí misma como un ser extremadamente pequeño y vulnerable; extremadamente ignorante... Entonces aceptó, humilde, lo irremediable: que había dejado en el olvido aquello que, paradójicamente, tampoco pudo ni habría podido reconocer.

—Qué curioso —y sintió en ella el destello de la lucidez—, ahora empiezo a ver las cosas con una claridad que...

Una gran serenidad la envolvió. Pensó de nuevo en todos los fantasmas.

Era evidente que, sin hablar, algo pedían con su sola presencia. Ellos habían venido, seguramente, a señalarle aquello que no recordaba. Los ojitos cerrados de la anciana crearon en su mente mil luces centellantes. De pronto, con un hilito de voz, murmuró:

—Ah, ya sé, ya sé... ¡Debo haber olvidado *vivir*!... Ahora que lo pienso no supe sacar provecho de mi parte de *irrealidad*. Y es que nunca vibré, aterrorizada, al contacto con el vacío que somos los seres humanos... yo fui insensible al mío..., por lo que no caí en la urgencia de inventarme una existencia, de imaginarme *¡un destino!*, de fantasear un *devenir*, o el cumplimiento de una supuesta *tarea*; de ahí que sólo percibiera esta intolerable monotonía de perplejidades... *Ciertamente vivir es un acto de fe, contra la verdad*.

Alma y cuerpo parecieron quedar libres de un peso agobiador. Ingrávida, flotaba en el espacio infinito. De su puño, fuertemente cerrado, estiró los dedos y de ellos volaron todos los humanos *olvidos*. También abrió los ojos y miró a su alrededor: sí, ahí no había más que miseria y soledad; las apariciones fantásticas sólo habían servido para recordarle esa *irrealidad*; habían sido, sencillamente, un apoyo al proceso de su reflexión.

En ese instante, sintió un dolor agudo en el pecho que le hizo pensar que su corazón había enloquecido y se golpeaba a sí mismo. El golpe la obligó a babear un poco de sangre. Luego, con una lentitud grave, fue volviendo la cabeza para clavar su mirada en la única ventana... Y suspiró.

El último suspiro absorbió al sótano, a ella acostada en su cama, a la ventana, al edificio destartado, a la calle, a la gente, incluso a la oscuridad... absorbió al universo entero, para hacerlo desaparecer entre las tripas de la nada. LC



De Dorothy Abbe, *The Duggins Marionettes*, (Boston, 1970).